



1 CUENTOS DE NIÑOS Y NIÑAS

La niña número veinte

Vergüenza

Cuando el señor Gradgrind entró en la sala de clase se dio cuenta que en el lugar veinte había una niña que no conocía...

“- ¡Niña número veinte! voceó el señor Gadgrind... no conozco a esta niña ¿Quién es esta niña?

-Cecí Jupe señor -contestó la niña número veinte, poniéndose colorada, levantándose de su asiento y haciendo una reverencia...

-Cecí no es ningún nombre -exclamó el señor Gradgrind-. No digas a nadie que te llamas Cecí. Di que te llamas Cecilia.

-Es papá quien me llama Cecí -contestó la muchacha con voz temblorosa, repitiendo su reverencia.

....-qué es tu padre

-Se dedica a eso que llaman equitación, señor...

-Supongo que lo que hace tu padre es domar caballos ¿no es eso?

-Eso es, señor...

-Perfectamente... Dame una definición de lo que es un caballo. Cecí se queda asustadísima ante semejante pregunta.

-La niña número veinte no es capaz de dar la definición de lo que es un caballo -exclama el señor Gradgrind para que se enteren todos...

-Veamos la definición que nos da un muchacho. Tú mismo Bitzer...

-Cuadrúpedo, herbívoro, cuarenta dientes... Esto y mucho más dijo Bitzer

-Niña número veinte -voceó el señor Gradgrind- ya sabes ahora lo que es un caballo.

La niña hizo otra genuflexión, y se le habrían subido aún más los colores a la cara si le hubieran quedado colores en reserva, después del sonrojo que había pasado” (2).

Este episodio ocurría en una escuela de Coketwon hace 150 años. Mucho ha cambiado la vida de los niños y niñas en términos materiales, educacionales, de salud, protección social, etc, pero lo que sigue intacto es la asimetría de poder -basada en una diferencia de valor- que caracteriza las relaciones entre adultos y niños. Esta diferencia de valor se expresa en un estatus superior del Señor Gadgrind que le da la libertad para avergonzar a Cecí Jupe. Ella se somete reverencialmente, porque sabe que en este orden de las cosas, ella no vale nada. Pero el dolor de su vergüenza le dice que este orden no está bien para ella, que hay algo de valor en ella que ha sido vulnerado: su dignidad.

La vergüenza es una emoción universal, todos alguna vez nos hemos puesto colorados. Como señala Goffman (3), tomando como ejemplo la sociedad norteamericana: “En un sentido importante, solo hay un ser humano completo que no se sonroje en Estados Unidos: un padre joven, casado, blanco, urbano, norteamericano, heterosexual y protestante, que posee educación universitaria, pleno empleo, buena complexión, peso y estatura, y un record deportivo reciente”. La vergüenza duele con el dolor del no poder alcanzar el ideal social, aparece en escena antes que seamos conscientes del particular sistema de valores sociales en el que habitamos, y nos acompaña toda la vida.

Si bien todos experimentamos la vergüenza, algunas personas están marcadas por ella. Nuestra sociedad selecciona de modo ubicuo ciertos grupos e individuos para considerarlos vergonzosos, marcándolos como “anormales” y exigiéndoles que se sonrojen por lo que hacen y lo que



Oscar Barra, Viajera, 2008

son. Las personas que son vistas como diferentes a la mayoría, por sus deformidades, por sus capacidades diferentes, por su otro género, por sus locuras, por sus delitos etc; llevan por así decirlo -la vergüenza en sus rostros- la conducta social les dice todos los días que deben sonrojarse al aparecer en presencia de los “normales”. Cuando la diferencia no es visible en los cuerpos o sus conductas, la sociedad tatúa otras señales notorias, como el privilegio negativo de la asistencia social y la caridad, la segregación territorial, entre otros. Todas estas marcas son posibles de borrar, pero hay marcas que son indelebles para el alma humana: la vulneración de la integridad física y psicológica producida por un ser querido.

Avergonzar, humillar, dominar, vulnerar, son aspectos perniciosos de nuestras costumbres sociales, que tienen efectos corrosivos para el desarrollo humano y la cohesión social.

Dignidad Humana: el valor de la igualdad, el respeto su medida.

Todas las personas merecen igual respeto, porque todas son iguales en dignidad. También los niños y las niñas.

La dignidad humana es el valor absoluto, inherente, intangible, insustituible e intransferible de cada uno y todos los seres humanos, con independencia de su edad, situación económica, sexo, religión, etcétera.

Todo lo señalado anteriormente, evidencia que en nuestra sociedad, vivimos en una contradicción invivible. Porque anhelando que nos rija el valor de la dignidad que exige una distribución del mismo respeto para todos; elegimos regirnos por el valor del estatus, del mérito y la homogenización, y distribuir desigualmente el respeto. En esta contradicción, lo humano queda oculto.

La niña número veinte, Cecí Jupe se da cuenta de esto... pero, ni los adultos de antes, ni tampoco los de ahora, se dan cuenta.

“-Pero, por favor, señorita Luisa -dijo Cecí, excusándose- soy... soy tan ignorante...

Luisa dejó escapar una risa más alegre de lo que era habitual en ella, y le dijo que poco a poco se iría haciendo más instruida.

-Es que no sabéis lo tonta que soy -ex-

clamó Cecí-, casi llorando. En la escuela no hago más que equivocarme. El señor y la señora M'Choakumchild me hacen poner una y otra vez en pies, nada más que para que cometa errores. No lo puedo remediar. Parece que me brotan espontáneamente.

-Supongo que el señor y la señora M'Choakumchild no se equivocan nunca, ¿verdad Cecí?

-¡Jamás! -contestó Cecí, con mucha seriedad- ellos lo saben todo.

-Cuéntame algunas de tus equivocaciones.

-Me da casi vergüenza -contestó la muchacha con cierta repugnancia-. Hoy por ejemplo, nos explicaba el señor M'Choakumchild la teoría de la Prosperidad natural.

-Supongo que quieres decir la Prosperidad nacional -apuntó Luisa.

-Si... eso... Pero ¿no es lo mismo? -interrogó Cecí tímidamente.

-Puesto que él dijo nacional, es lo mejor que tú también lo digas así -contestó Luisa con sequedad reservada.

-La Prosperidad nacional. Y nos dijo: “Mirad: suponed que esta escuela es la nación y que en esta nación hay cincuenta millones en dinero. ¿Es o no una nación próspera? Niña número veinte ¿es o no una nación próspera esta, y estáis o no estáis vos nadando en prosperidad?”

-¿Y qué contestaste? - Le pregunta Luisa.

-Señorita Luisa, le contesté que no lo sabía. Me pareció que no estaba en condiciones de afirmar si la nación era o no era próspera y si yo estaba nadando en prosperidad, mientras no supiese en qué manos estaba el dinero y si me correspondía a mí una parte. Pero esto era salirse de la cuestión. No podía representarse -con números- dijo Cecí, enjugándose las lágrimas.

-Cometiste un gran error. Sentenció Luisa.

-Ahora ya lo sé, señorita Luisa; ahora lo sé. El señor M'Choakumchild me dijo a continuación que me lo presentaría de otra manera y se expresó de este modo: “La sala de esta escuela es una ciudad inmensa en la que vive un millón de habitantes, y de ese millón de habitantes, solamente se mueren de hambre en las calles,

veinticinco al año. ¿Qué os parece esta prosperidad? “Lo mejor que se me ocurrió contestarle fue que para los que se morían de hambre era lo mismo que la ciudad tuviese un millón que un millón de millones de habitantes. Y también me equivoqué

-¡Naturalmente que sí!”

Como todos los niños y niñas, Cecí Jupe era muy imaginativa, y -como todos ellos- vivía en un mundo paralelo: el mundo de la igualdad. Por eso se equivocaba tanto. En el mundo de Cecí, no hay contradicción, rige el valor de la dignidad humana. El mismo respeto es recíproco entre las personas, inclusive para los niños y las niñas. Todas las personas disponen de amplias capacidades para realizar sus proyectos de vida y alcanzar la plenitud. Las decisiones políticas se toman democráticamente privilegiando el bien colectivo. El mundo de Cecí, es un mundo plural, las diferencias son valoradas; las personas viven libres de temores y carencias; la producción se rige por el valor de uso y el principio de responsabilidad ecológica; combinan su tiempo de trabajo con dedicación a la creación, al juego, al goce. Aquí lo humano se hace visible.

¿Cómo haremos en Chile para encaminarnos hacia el mundo paralelo de Cecí, que es el mundo que anhelamos?

Seremos pragmáticos. Dado que la contradicción solo la ven los niños y las niñas, empezaremos por ellos. Haremos visible lo humano en ellos primero.

Estableceremos como norma el mismo respeto para todos los niños y niñas. Nos centraremos en la ampliación de sus capacidades para que cada uno exprese su diferencia y pintar el territorio de muchos colores. No habrá más beneficios porque son vulnerables y los necesitan, garantizaremos derechos por que es lo que corresponde a su dignidad. Esto y muchas cosas más, haremos para materializar la Convención Internacional de los Derechos del Niño, como la norma del país.

¿Cómo lo haremos?

Involucrando a todos. Todos seremos responsables de la creación de este mundo paralelo.

Pero nuestra estrategia privilegia a sus protagonistas... porque en ellos habita... el alma de Cecí Jupe.

Como ella, todos los niños y niñas serán nuestros maestros. Por ello a través de esta página les extendemos la invitación a participar de la Consulta Nacional que se realizará el 26 de marzo, en todos los establecimientos escolares. Como en el mundo de los niños y las niñas, el respeto a la autonomía de las personas y de las instituciones es una norma, la participación es libre.

En esto, y todo lo que haremos en la construcción de este mundo paralelo, nos regiremos por el primer principio de la Economía Política, establecido por nuestra querida Cecí:

“Obrar con el prójimo como yo quisiera que obrasen conmigo”.

1. La Secretaría Ejecutiva es el órgano técnico del Consejo Nacional de la Infancia. El Consejo Nacional de la Infancia es la instancia asesora presidencial en materia de infancia. www.consejoinfancia.gob.cl
2. Charles Dickens. Tiempos Dificiles. RBA Libros, 2010
3. Ervin Goffman. Estigma. La identidad deteriorada. Amorrortu, 1964.

Bibliografía Consultada

• J. Fitoussi, P. Rosanvallon. La nueva era de las desigualdades. Manantial, 1997.
• Martha C. Nussbaum. El Ocultamiento de lo Humano (Repugnancia, Vergüenza y Ley). Katz Editores, 2006.
• Walter Benjamín. Imaginación y Sociedad (Iluminaciones I). Taurus, 1969.
• François Dubet. Repensar la Justicia Social (Contra el mito de la igualdad de oportunidades). Siglo 21, 2012.
• Hannah Arendt. La Condición Humana. Paidós Ibérica S.A., 1993.
• Jean Piaget. Estudios Sociológicos. Ariel, 1977.
• Richard Sennet. El Respeto. Anagrama 2003.